

LIBROS

La problemática confesional de Heinrich Böll

De entre los escritores de lengua alemana surgidos en la última posguerra, es sin duda Heinrich Böll el más favorecido por la industria editorial española. Nueve de sus obras se han traducido al castellano y cuatro al catalán, mereciendo reedición varias de ellas. La concesión del Premio Nobel de 1972 a Böll satisfizo, pues, a editores y críticos: aquellos tenían tomadas buenas posiciones; éstos podían hablar en las apresuradas reseñas periodísticas con conocimiento de causa. Böll era, además, un escritor «cómodo», ya que se confesaba «católico ferviente», y una tal confesión equivale en España a patente de corso, o poco menos, a pesar de que la proclamada confesionalidad tenga que matizarse con cierta precaución.

Toda la obra narrativa de Böll (que ha publicado además ensayos y poesía) incide sobre un tema único: el análisis de los problemas que plantea la comunicación interpersonal en una sociedad tan característica como la de la Alemania de posguerra. Problemas que se analizan desde una perspectiva aparentemente objetiva, pero en cuyos elementos simbólicos es fácil adivinar una decidida posición religiosa, por cuanto siempre están dotados de una trascendencia sobrenatural. Por otra parte, los conflictos planteados tienen una dimensión moral, si no espiritual, muy definida. Mayer, en su estudio sobre la literatura

alemana de posguerra, escribe: «Se ha afirmado, en tono de burla, pero no del todo infundadamente, que lo que impulsa a Böll a escribir en su descontento son cuatro cosas: con los de Colonia, sus ciudadanos; con los alemanes, sus compatriotas; con los pequeños burgueses, los de su misma clase; con los católicos, sus correligionarios». Dentro del simplismo, el párrafo condensa la problemática del novelista y contiene una matización muy importante: Böll está descontento con cuanto le rodea; su obra literaria persigue eliminar esa desazón, cuya naturaleza, por lo demás, nunca es material.

En su última novela, *Retrato de grupo con señora* (1), Böll viene a resumir su pensamiento humanístico, sus experiencias como ciudadano alemán perteneciente a una generación especialmente zarandea por la historia más inmediata y sus experimentaciones como escritor de obras de ficción en prosa.

El pensamiento de Böll, por más que repetidamente confesional, presenta peculiaridades que lo hacen sumamente atractivo, hasta el punto de erigirse en el eje de su obra literaria. El catolicismo del escritor va más allá de cualquier «extremidad posconciiliar». En la novela que nos ocupa, el narrador (que podría identificarse con el propio autor en la medida que se adivina una unidad espiritual que, por descontado, no debe prolongarse a los aspectos anecdóticos de la narración) omite, por una parte, cualquier opinión directa sobre la actuación histórica de la Iglesia como institución de origen divino (origen que, por supuesto, nunca se pone en tela de juicio) y la de sus representantes más significativos; por otra, este mismo narrador no tiene escrúpulo alguno en comportarse co-

(1) Editorial Noguer. Barcelona, 1973. 340 págs.

mo un donjuán redivivo, arrancando del claustro conventual a una desposada por el Señor, para vivir con ella en una especie de concubinato que ni siquiera se redime con el arrepentimiento final. Su posición ante el valor de los sacramentos es también ambigua: si cree firmemente en el bautismo y la comunión, como donadores de la gracia de Dios, hace caso omiso del matrimonio, vínculo sagrado y de por vida, y de la extremaunción, de tan decisiva importancia para la vida eterna de los pobres mortales. Cierto que Böll nunca invoca las doctrinas eclesiales para censurar comportamientos o para justificarlos. Es decir, entre las novelas «católicas» del escritor alemán y las de Martín Descalzo o Martín Vigil (por poner ejemplos españoles y salvando enormes diferencias de bondad literaria) existe la misma distancia que entre el Catecismo holandés y el de Ripalda.

Tampoco presenta la problemática confesional de Böll las características «existenciales» de otros escritores, declaradamente católicos también, como podrían ser Graham Greene o Georges Bernanos, con cuyos estilos narrativos guarda ciertas semejanzas. Para el alemán, el conflicto no se produce con la pérdida de la gracia. Y, por tanto, de la paz interior, que sólo puede recuperarse con el reingreso en aquel estado. En Böll, el problema tiene una dimensión que podríamos llamar «sociológica»: estar o no en gracia obliga a un comportamiento determinado, a un comportamiento «social», que influye de modo decisivo en el acontecer histórico, y éste, a su vez, determina el comportamiento «social». O sea, los personajes de Böll son símbolos que representan los polos de atracción en que convergen una serie de fuerzas encontradas e interdependientes. En último extremo, la tragedia ale-

mana en la segunda guerra mundial es debida a una «pérdida masiva» de la gracia de Dios. Y si Böll se halla descontento con las cuatro cosas que antes he señalado, se debe a su convencimiento de que no ha existido una «recuperación masiva» de esta gracia, lo que sin duda dará lugar a la repetición de catástrofes sobradamente conocidas.

Creo que esta línea de pensamiento se muestra de manera diáfana en *Retrato de grupo con señora*, donde basta que uno solo de los personajes (la «señora» del título, un alma bendita que conjuga las virtudes



Heinrich Böll.

de Bernadette y Michèle Morgan) se encuentre en permanente estado gracioso para que cuantos lo rodean actúen mediatizados por él y, entre todos, abran un cauce determinado a la historia común.

Heinrich Böll gusta de presentar paradojas que revelen el absurdo del comportamiento de la colectividad humana. En *Billar a las nueve y media* (seguramente su mejor novela, junto con la que nos ocupa), sucesivas generaciones de una familia de arquitectos construyen y destruyen, alternativamente, una iglesia; en *Acto de servicio* un juez debe hacer frente a las presiones del Ejército, que pugna por echar tierra sobre un acto de sabotaje del que es la propia víctima, con objeto de ocultar la vaciedad de su sistema de organización; en *Los silencios del Dr. Murke*, un técnico radfónico en grabación prefiere (en el relato que da título al

libro y que constituye una auténtica obra maestra) los minutos de silencio, surcados por suspiros y carraspeos, que ha coleccionado pacientemente a lo largo de años con los trozos de cintas inservibles, a la cháchara mecánica y sin sentido de las grabaciones radiadas, etc., etc. En *Retrato de grupo con señora*, Böll acentúa especialmente estas paradojas: un prisionero de guerra soviético enseña a rezar a los católicos alemanes; una monja, judía conversa, especialista en excrementos humanos y empedernida fumadora, provoca un incontenible crecimiento de rosas sobre su propia tumba, hecho energicamente negado por la Orden a la que pertenecía para evitar un proceso de beatificación incómodo e indeseado; un especialista en literaturas eslavas descubre el fraude de una industria ficticia gracias a la lista de supuestos prisioneros de guerra que trabajan en ella, pues todos ellos lucen nombres inmortalizados por la literatura rusa. Los ejemplos se harían interminables y en todos encontraríamos cierto tono «moralizante» (sin duda, lo peor de la narrativa de Böll), por debajo de la divertida e ingeniosa ironía. Paradojas que simbolizan, además, el mayor de los absurdos humanos: la guerra.

Böll ha ensayado en esta ocasión una nueva técnica en su obra literaria. Una mezcla de investigación detectivesca y reportaje periodístico le sirve para ir fijando la imagen de la «señora» dentro de un amplísimo grupo de personajes, siempre certeramente caracterizados. El narrador, que se autodenomina como «el autor», procede a reunir una amplia serie de testimonios, opiniones y documentos para reconstruir, con la mayor fidelidad y profundidad posibles, la vida de Leni, protagonista omnipresente de la novela, aunque no lleguen a transcribirse

más allá de dos docenas de cortas frases dadas a la misma. Las motivaciones del narrador para proceder a una investigación tan laboriosa permanece en la penumbra, sin que, por otra parte, el lector sea capaz de descubrir la menor utilidad práctica en el trabajo desarrollado. Las motivaciones de Böll, por el contrario, son manifiestas; proponer un modelo de conducta (la de Leni) a través de su encubierta apología. Apología que se disfraza con un tono objetivo, sobrio y exacto que constituye el verdadero hallazgo estilístico de la novela.

La traducción castellana se debe a Jacobo Muñoz, que ha llevado a término un trabajo modélico, donde los obstáculos han sido superados con sencillez y acierto. ■ MARTIN VILUMARA.

Primer Congreso de Historia del País Valenciano

En el panorama del quehacer historiográfico español, dos características destacan: utilización de una metodología científica, brazo derecho del neopositivismo, y conocimiento e investigación de la realidad más cercana. De ambas, los testimonios son: estudio del desarrollo histórico desde una óptica cuantitativa (importancia de la estadística), dejando la Historia de las «verdades» no comprobadas e historicistas, y en segundo lugar, el interés por realizar una Historia dentro del ámbito regional, entendiendo por región toda comunidad humana que voluntariamente ha tenido un desarrollo propio a lo largo de los siglos.

Dentro de estas coordenadas quiso desarrollarse el I Congreso de Historia del País Valenciano en abril de 1971. Dos años después acaba de aparecer el primer tomo del con-